

## La poesía religiosa de Pablo García Baena

Félix Rebollo Sánchez

Quizá uno de los poetas menos leídos, pero casi siempre citamos cuando nos referimos a la década de los cuarenta, sea Pablo García Baena, un clásico vivo de la poesía española<sup>1</sup>. Y menos, aún, hablamos del espíritu religioso que anida en su poesía. De ahí que sea una buena ocasión para reverdecer su poética, que tiene como basamento la poesía religiosa en los siglos XIX-XX. Una poesía concebida como raptó, como enajenación, como ebriedad, como exaltación, hecha carne, nutriente, litúrgica, embellecedora, sugerente, fascinante, humana, para enhebrarla con la idea de Holan: “el poema es un don”. Esta es la idea que subyace en la poesía del poeta cordobés. Y a ella se entrega cuando la inspiración le visita. Hace ya algunos años que en la revista *Fin de siglo* escribió que la poesía “es la vida, la realidad convertida en un gran incendio; el acto poético del que tanto se habla es sólo el reflejo de un conocimiento transfigurado que lleva a la cristalización de algo vivo, a la añoranza y a la pérdida de lo que fue gloria momentánea: canción, carne, perfume. La poesía no es más que un diario sinceramente riguroso y verdadero”<sup>2</sup>.

García Baena ha manifestado que “la poesía es misterio y precisión”<sup>3</sup>. La pasión por la palabra hermosa, juntamente con su vitalismo, siempre va con él, es el sustento de su poesía. Esas palabras adobadas, preciosistas, sonoras. De ahí que nos haga partícipe de su yo con sus vivencias, con su multívoco entender lo que nos rodea, lo que nos hace libres, lo que nos apasiona, lo que nos hace cultos. La poesía hecha carne, concebida por un malabarista del verbo. La palabra como liturgia, como celebración. La palabra en García Baena se ensancha, se engrandece, nos invade y nos embriaga. Por eso, todavía hoy, su poesía tiene vigencia, se apodera del ser humano para envolverlo, para petrificarlo con el aroma más poético. En unas declaraciones a Jiménez Millán, recogidas en la revista *Fin de Siglo*, en el número 11, decía: “Pienso que uno de mis maestros ha sido la Iglesia Católica, la liturgia. Desde pequeño he asistido a los actos normales en una ciudad de provincias: procesiones, oficios de Semana Santa, y todo aquel boato que entraba por los sentidos e indudablemente poseía una alta espiritualidad, desde niño hizo en mí una mella tremenda. Luego la lectura de la Biblia. Todo esto tiene una gran importancia en mi obra. Algunos han querido ver en ello solamente una corteza, para tratar los temas religiosos desde un punto de vista distinto; creo que no, que siempre existe un fondo espiritual, por mucho esplendor que se despliegue en capas pluviales, bordados, dalmáticas, algo mucho más profundo”<sup>4</sup>.

Estas palabras sirven para acallar muchas voces que entendieron el aspecto religioso de otra manera, o no lo quisieron entender. Los que quieren que no sea así, los que ahuyentan ese espíritu, en nombre de no sé qué, sin que tenga consistencia, y desean concebir la poesía como ellos la entienden, no como el creador quiso forjarla. Parece como si lo espiritual, lo religioso fuera algo demoníaco, pasajero, superficial o inventado. Críticos alicortos existen en cualquier circunstancia y

<sup>1</sup> Premio ‘ Príncipe de Asturias’, “por su persistente actitud de independencia estética y por su influencia en las jóvenes generaciones”. La propuesta partió de la Real Academia, el Ayuntamiento de Córdoba y el Duque de Alba. Por otra parte, fue junto a Ricardo Molina y Juan Bernier, uno de los fundadores de la revista *Cántico*. Según Luis Antonio de Villena “uno de los tres mejores poetas de su generación (académicamente, la primera de *posguerra*) y el mejor de su estilo” (“Introducción a la poesía de Pablo García Baena”, en Pablo García Baena, *Poesía completa 1940-1980*. Madrid, Visor, 1982, pág. 7). Más reciente, todavía, el mismo crítico lo define como “un gran poeta que sólo ha pretendido poesía y vida juntas. Inseparables. Misteriosa claridad. Llameante tiniebla”, en “El otro poeta”, *Babelia, El País*, 30 de septiembre de 2006, pág. 11. También publicado en *Antorcha de paja*, núms. 3-4, marzo, 1980, pág. 19. Para Guillermo Carnero es “uno de los indiscutibles maestros de la poesía española actual” (*El Grupo Cántico de Córdoba*. Madrid, Editora Nacional, 1946, pág. 69).

<sup>2</sup> García Baena, P., “El arte es largo y además no importa”, en *Fin de siglo*. Revista de literatura, núm. 11, 1985, pág. 6

<sup>3</sup> En una entrevista de Javier Rodríguez Marcos en el diario *El País*, suplemento *Babelia*, 1 de julio de 2005, pág. 2

<sup>4</sup> Entrevista, Antonio Jiménez Millán a Pablo García Baena, *Fin de Siglo*, Jerez de la Frontera, núm. 11, marzo, 1985, pág. 4. Este mismo crítico también ha escrito que “Pablo es un poeta que se inscribe en la órbita de lo sagrado”, en *Recogimiento (Poesía 1940-2000)*. Málaga, Ayuntamiento, 2000, pág. 12

lugar. El límite de lo pagano y lo religioso lo marca el poeta. Es más, ambas formas se necesitan; esto es lo que el poeta suscita en sus versos y en su vida; no es folclore, en este caso, la espiritualidad que rezuman los versos de García Baena, es algo que se trasluce al contemplar la parte externa de los fastos religiosos, y así lo siente. Va a la búsqueda de la esencia de ese aspecto formal que lo arroba. En esta línea está el crítico Fernando Ortiz cuando escribe: "... se detiene para plantearse cuáles eran los motivos que tenían los poetas de "Cántico" para erguirse como surtidores de luz ante el yermo campo de sal que los aísla y rodea. Aquí Pablo es aún más explícito. Ante todo, la vida espiritual, sin la cual es muy difícil la otra<sup>5</sup>.

Estamos, sin duda, ante una poesía distinta y pionera de lo que va a ser la poesía de lo que se viene llamando de posguerra. Un rótulo que quizá había que delimitar más.

En su primer libro *Rumor oculto* (1946)<sup>6</sup> dejaba su estela, su testamento:

Quiero que sea mi verso

como luna de abril,

como las rosas blancas,

como las hojas nuevas.

Que mi cítara suene

como el agua en la yedra,

que mi canto sea nada

para que lo sea todo

y que a mis versos caigan

heridas las estrellas.

Palabras sonoras, eléctricas, sumisas, ardorosas, sinceras, almenadas. Este libro es el basamento de su melancolía, pero, al mismo tiempo de su radiante dicha, de su aprendizaje, de su carácter romántico, soñador, de palabras quedas, preciosistas. De lucha interior, de llanto interiorizado.

En silencio, callado, yo te entregué mi alma

aquella que había sido espada victoriosa,

que había decapitado todas las tentaciones,

a ti, mi ángel malo, te entregué sin lucha,

y tú con tu sonrisa-¡oh, tu sonrisa que hierde!-

arrancaste de mí los altivos laureles

y casi sin mirarlos, despreciaste a aquel

que alargando la mano te los daba vencidos<sup>7</sup>.

<sup>5</sup> Ortiz, F., "Modernidad del grupo 'Cántico'", en *La estirpe de Bécquer*. Cádiz, Fin de Siglo, 1982, pág. 18

<sup>6</sup> El libro en sí es un homenaje a los clásicos; sobre todo, a Garcilaso, Góngora, la mística, Juan Ramón Jiménez, Cernuda. El libro fue reeditado en edición facsímil, en 1979, como suplemento de la revista *Calle del Aire* (Sevilla). Cito por esta edición de 750 ejemplares numerados y firmados por el autor, concretamente por el número 522. También apareció formando cuerpo del número correspondiente al 6 de enero de la revista *Fantasía* de Madrid.

Este libro constituye la savia por la que va a discurrir su poesía; es el libro cabecera, la creación poética con raíces profundas. Es la voz del poeta que llama a la puerta. Su apunte religioso ya lo hallamos cuando, en el segundo poema, “Cantigas a las manos de Nuestra Señora”, describe las manos de María:

María: ¿en qué troquel  
las manos tuyas hicieron?  
En qué telar las tejieron?  
Con qué hilo de alhelí?

***Callad: que suena el rabel...***

¿Qué sollozo de violín,  
qué rosa, qué luna llena,  
te dio la blancura a Ti”?

El estribillo “*Callad: que suena el rabel...*” se repite después de cada una de las diez estrofas de que consta el poema.

También, en su segundo libro, *Mientras cantan los pájaros* (1948), en el poema “A solas con tu lámpara” se nota su educación, su cultura y su sentir religioso:

La iglesia es limpia y pobre. Nuestro Padre Jesús,  
con su pelo de niña y almidón en la enagua,  
perdona a las benditas almas del purgatorio  
donde un obispo quema sus pecados mundanos. //  
Ite, missa est. Blanco como un velo de bodas,  
el sagrario se alumbra con tu alma y la lámpara  
y está oculto el Cordero nupcial, que inútilmente  
espera ver llegar sus tardos invitados.

En *Antiguo muchacho* (1950)<sup>8</sup>, subido ya a la cresta poética, conjuga la pasión y la melancolía (“*Todo el bosque que arde perdido en tu memoria / con sus rojas maderas incendiando los días*”).

<sup>7</sup> . Versos extraídos del poema “Tentación en el aire”, pág. 86. Edición *Recogimiento*, op. cit.

<sup>8</sup> Luis Antonio de Villena, “ningún libro es tan *novísimo*, y en ese camino, tan precursor como *Antiguo muchacho*”, op. cit. (pág. 20). El crítico se refiere a la generación de los *novísimos* o del 70. Se ha escrito de este libro que marca el camino “de su Damasco particular”.

Comienza con el poema “Alma feliz”, con una cita de Petrarca (“Alma felice che sovente torni”), en el que vuelve a rastrear esos senderos del pasado, “a las tímidas huellas de dormidos senderos, / y aspira en esa rosa melancólica y pura / todo el bosque que arde perdido en tu memoria / con sus rojas maderas incendiando los días”.

José Lupiáñez ha escrito que el poeta se aleja así de aquel sueño puro de la niñez que ha mitificado desde distintos frentes y emprende el rumbo del adulto, pero sin perder ese tema tan suyo: lo religioso. Precisamente en su segundo poema, titulado “Antiguo muchacho”, nos anticipa algo que siempre va con él, que lo envuelve: la religiosidad, o la necesidad que tenemos los humanos en las creencias:

Aquel cerrado mirador, entre lutos,  
 donde paraban todos los años la Oración del Huerto  
 cuando el Jueves Santo gemía en su larga trompeta morada.  
 Y la Virgen Dormida, en su agosto de bengalas,  
 y los muertos contemplando desde su balastrada de ausencias  
 las débiles lamparillas de la noche de Todos los Santos.

De nuevo, en el poema “La calle de Armas”, el recuerdo a la Virgen es algo que aflora en toda su poesía. Aquí, en los versos iniciales se deja traslucir:

Cantaban enjauladas, desde los hondos patios, las perdices,  
 y el santero enlazaba de frescos heliotropos  
 el cetro de la Virgen del Socorro.

El poema “El Corpus” anticipa la alegría, lo viviente, la dicha, la primavera (“Primavera es, acaso, ese niño que ríe por el jardín”, “o sólo rosas rojas como el fuego de Pentecostés”), pero sin olvidar que antes está la sombra, el sufrimiento (“El segundo jardín es amargo y su noche se llama Getsemaní”), pero ese día tan presente es el de la excelencia (“y su nombre, Corpus / es fresco como la palabra fuente oída entre sueños en / una noche de calentura”). Recuerda con esa imagen tan certera, tan límpida,

El aroma de las hierbas pisadas.  
 Los juncos perfumando las varas de los lábaros.  
 El altar, con las velas ardiendo al sol,  
 donde los Santos Mártires destiñen la sangre lívida de su cuello.

El canto de “¡O salutaris hostia! El ruido de las campanillas que anuncian “la Custodia / en su suave temblor de cristal y de trigo”. Y el final, la razón de ser, la divinidad hecha terrenal, el acercamiento a lo que nos purifica:

La cera goteando marchita los bordados  
 y la piedad vuelca sus bandejas de flores  
 ante la enhiesta espiga que guarda entre sus oros,

---

Con sus luces y sus sombras intenta dar lo que tiene, pero embriagándose de existencia. Hay que seguir, hay que ir por el camino que da vida, amor, “Oh, sí, la vida es como un bosque. / Un bosque donde un día entramos confiados. / Un bosque interminable / que sólo acaba cuando creemos liberarnos de sus torpes lianas, / de sus cicutas híbridas / y de la saeta cómplice y venenosa de sus flores”. Hay que seguir caminando porque la vida es como un bosque. Los días, a veces, son mustios, pero también acogedores, “Y estos días teñidos con las ardientes flores del alazor también pasan”. Para García Baena, como ha insistido, en varias ocasiones, “obra y vida inseparables como la columna que la yedra entristece, solos y a solas con todo lo que amamos”.

como un pétalo blanco de virginal harina,

el limpio corazón del Sacramento.

Estas ideas no son paganas, sino sentidas, cristianas, todo lo contrario a lo que consideramos pagano. De ahí que me sorprendan algunos juicios de la poesía de García Baena, al no dar suma importancia a la simiente de la misma. Es difícil entender que no anida en su poesía, esa espiritualidad, cuando es la savia que la purifica.

Pero, también, está el dolor, la fatiga, el llanto, la injusticia, el no saber. Notas que podemos percibir en el poema “Las Santas Mujeres”:

Caminan mientras hablan las santas mujeres.

Todo el pueblo las sigue

y el Nazareno, pálido en sus pesadas andas de lirios luminosos,

bendice a la campiña de lejanos cortijos,

donde bajo el azahar, los martinetes lloran la pasión del Señor.

Claro que el poeta debe sentir lo que expresa, si no, no sería poesía. Esa esencialidad que no todos consiguen. El poeta se adentra en el interior de estas tres mujeres que lloran, que andan, pero ya sin fuerzas porque el ser querido sufre por hacer el bien:

Jerusalén, Jerusalén, hacia ti nos volvemos.

Míranos: tres mujeres andando ya sin fuerzas. Nuestra voz ya nadie oye.

Y hay sangre por tus muros,

hay sangre entre tus piedras como musgo rojizo,

toda tú, esponja ávida empapada de sangre.

Sí, vamos ebrias de llanto. Vamos andando, torpes,

dando tumbos, cayendo.

Somos mujeres débiles, pero una fuerza oculta nos obliga a decir

algo que sólo sabemos expresar con el llanto.

Son imágenes evocadoras que el poeta sabe esculpir. Cincelar para que permanezcan. Es el gran sentido que tiene su poesía. De ahí que sea de siempre.

En *Junio* (1957) hallamos lo material, lo pagano. El amor sin límite. O como dice el autor, “un cántico al amor entregado”. O si queremos el amor profano.

Mientras las manos se curvan sobre las espaldas desnudas

y mis párpados se tiñen con el violento jacinto de la dicha

Quizá sea “este librito una de las ediciones más bellas del último medio siglo”<sup>9</sup>. El lema de Gabriel Miró, que preside el libro es harto significativo: “Es la felicidad la que tiene su olor, / olor del mes de junio”. Rafael López Estrada escribe del poeta, que estamos ante un transgresor, “el trance en el autor de *Junio* es un artículo de fe sacralizado por un ritual en el que lo pagano y lo místico conviven en un equilibrio de altísimas energías”<sup>10</sup>.

El libro *Óleo* (1958) sintetiza la nostalgia del goce y el arrepentimiento, muy propio del cristianismo. Es disémico, significa, por una parte, pintura; y, por otra, el aceite consagrado con que se unge al agonizante. Es la vuelta a lo espiritual, a Dios, con sinceridad, con el corazón.

Creo que el título *Óleo* nos ayuda a pensar que estamos ante ese aire espiritual-religioso. El carácter hedonista juntamente con aspectos cristianos son los dos signos que revolotean en los once poemas. Arrepentimiento, goce, sensación de algo que se pierde, pero que es sublimado por el carácter cristiano que se adueña del poeta. No es, desde mi punto de vista, como dice Guillermo Carnero, cansancio, escepticismo ante la pérdida de la felicidad. Y menos que sea ornamento poético. Esta idea no es posible ante quien se llena de espiritualidad, no sólo se aromatiza. Si fuera así, perdería mucha de la fuerza que poseen sus versos. Es sentirse algo más ante lo puramente material. La lectura de la Biblia, los oficios de Semana Santa, las procesiones calaron muy hondo en el poeta. Esta simiente cayó en tierra abonada.

En el poema “Sueño de Adán” nos invita al sosiego, a la paz espiritual, a la tranquilidad:

Dormido estoy, pues que dormir es esta  
sombra que el primer barro me devuelve.  
  
Dormido en el vergel de Dios, cansado  
entre sus manos grandes que meciendo  
  
van mi sueño, el jardín, la tierra oscura.

Es la vuelta al paraíso-el nombre de Adán es bien significativo- en el que el silencio nos incrusta en Dios (“Voz sagrada de Dios (...). No mires hacia atrás. En nuestra carne / rojos dientes de zarzas. Está abierta / la puerta y fuera gime el viento solo”).

Es el sentir, el vivir del poeta ante el cristianismo como algo necesario. Así lo podemos observar en “Ceniza”, “Pasó entre los hombres”, “Los que un día os llevasteis”. (“Los que un día os llevasteis, Señor, ¿qué hacen ahora?”).

En el poema “Ceniza” nos evoca la penitencia, lo material, lo pecaminoso; ahora es otro tiempo, hay que rendirse ante la conciencia que le pide:

Otra vez tu ceniza, Señor, sobre mi frente...  
Polvo soy que algún día volverá hasta tus plantas.  
  
Otra vez tu ceniza llamando está en la puerta de mi frente  
con arrullo o con látigo,  
  
ahora que el deseo me asfixia en la sombra de su gran lirio negro.

La entrega, la sumisión, el refugio lo hallamos en el poema “Santa María de Trassierra” (“Tal vez en Vuestra Inmensa Sabiduría, Vos / que *sabéis* que son niños, como asustados niños, / les daréis

<sup>9</sup> Ortiz, F., “Introducción a la poesía de Pablo García Baena”, en *Recogimiento 1940-2000*. Málaga, Ayuntamiento, 2000, pág. 29

<sup>10</sup> López Estrada, J., “Prólogo” en Pablo García Baena, *Los libros, los poetas, las celebraciones, el olvido*. Madrid, Huerga / Fierro, 1995, pág. 8

una sombra, un aroma o palabra / que les recuerde aquello que un alba dejaron / precipitadamente...”). El poeta no contento o no del todo, casi exige que le reconforte, que pueda mirar, emular, fijarse en la Virgen

Si alguna vez llegara, cumplidos ya los días,  
 con las manos tendidas como alfolí vacío,  
 a la última grada de Vuestro Sacro Estrado,  
 por el umbral dejadme, desde donde yo vea  
 un camino de tierra, una higuera sedienta  
 y, a la rosa del véspero, una voz campesina:  
 porque mi oficio es sólo el mirar Vuestra Obra.

Es el arrobamiento para poder crear; es la búsqueda de ese espejo en el pueda contemplarse para poder imitar el poderío salvífico de “Santa María”, intercesora, comprensiva, misericordiosa, silenciosa, amorosa. No busquemos cansancio, huida, por tanto, en el poeta, sino necesidad, entrega, religiosidad, refugio.

En “Día de la ira”- es el responso latino *Dies irae*, en el que se pedía clemencia-. El poeta se entrega, se desnuda, obedece: “Desnúdame, no *tengo* ya otra cosa. /El labio casi helado de besar tanta muerte”. Versos desgarradores, sinceros. Es el final ante el Altísimo, es el juicio en el que daremos cuenta de nuestro comportamiento en la vida. Desea que perezca “el animal de vagido caliente perezca, / pues que amó la carne y su comercio/ y fue carnal el llanto para él”, y quede inmaculado. ¿Estamos ante una crisis íntima? Creo que no. Es la otra cara del ser humano, es la necesidad de lo espiritual que anhelamos, que necesitamos. Como también ha dejado entrever en su poesía que lo material, el mundo, sus vanidades, sus pompas son cercanas, inherentes a la concepción existencial. Y en una sinceridad total, termina con el verso, “porque desnudo estoy ante ti y te amo”. En el poema “Pasó entre los hombres”, el poeta pregunta a seres inanimados del paisaje de los Evangelios si recuerdan a Cristo:

Pasó entre los hombres.  
 Estuvo en la tierra.  
 Lo vieron las redes,  
 Las barcas de pesca  
 -llevaba en sus labios  
 unas flores frescas-,  
 el, polvo, el camino.  
 - Pozo de Sanabria  
 bajo palma enhiesta,  
 dime sus palabras...  
 ¡Mi agua es tan vieja!  
 ¡Ha escuchado tantas  
 palabras eternas!

Y, así, García Baena va recreando lo pasajes evangélicos de Jesús de Nazaret. Incluso la imagen de Cristo como víctima propiciatoria (gotea / la paz del aceite / en sumisa ofrenda). Es la agonía de Cristo en el huerto de Getsemaní.

Fue significativo el silencio que mantuvo el poeta, después de su último poema “Cántico de los santos en honor de Nuestra Señora de los Dolores de Córdoba”. Este poema es como una letanía de exaltación a la Virgen, Reina de Patriarcas, Ángeles, Profetas, Apóstoles, Mártires, Confesores, oh Vaso Laudable, Virgen Reina de Vírgenes, Reina de todos los Santos y Santas del Señor (“el discanto y las olas de los cedros / en alabanza vuestra, oh Sagrada, / oh Reina de los Ángeles. Oh Fiel, oh Reina de los Patriarcas”).

Fiel recogedor del espíritu que anida en el pueblo, lo proclama:

Dispuesta está la lengua en aclamaros.

Miles de voces, cuyo poderío

aplaca de Aquilón la helada tromba,

erigen obeliscos a tu nombre,

estremecen silencios de armonía.

Y tú conduces, calma, sostienes esa música

que nace como lilas trémulas por las flautas

e incendia, dalia ópima, el ofertorio de las tubas,

oh Báculo, oh Reina de los Confesores.

Cuando fue preguntado por ese silencio- más de una década sin publicar- contestó, en un homenaje que le hizo la revista *Renacimiento*:

Los motivos pueden ser distintos, mas late en el fondo un desacuerdo total conmigo mismo. Escribo empujado por las favorables circunstancias que han rodeado mi pequeña labor. El viento sopló benévolo sin que yo creyera en ella, en la poesía; por tanto, cualquier pretexto es aceptado para enmudecer. Esa falta de reconocimiento en aquellos días puede entrar también en la desgana. Como dice Canales, “no hay desesperanza mayor que la del agua a destiempo ofrecida.

En su libro *Antes que el tiempo acabe* (1978)<sup>11</sup>, de los cuatro apartados, uno se titula “Dios”. En el poema “Canto llano”, leemos:

Ya hemos aceptado, Señor, el ser humildes.

Tu guadaña ha pasado sobre el heno rapando

las doradas cabezas del orgullo y la ira,

las cogullas moradas de nuestra penitencia.

<sup>11</sup> Pablo García Baena ha manifestado que es el libro que más le ha “satisfecho”, en *Fin de Siglo*, op. cit., pág. 5.

La frase latina “fugit irreparabile tempus” acompaña al libro en todo momento. Es una nueva etapa de esplendor, y quizá, la más alta. Luis Antonio de Villena ha escrito que el libro trae un aire de resurgimiento y de espléndida sazón. (“Estamos ante un libro redondo, melancólico, perfecto en la eficacia del propio estilo”). El libro se divide en cuatro partes: “El amor”, “Las Ciudades”, “Los poetas”, “Dios”.

Es la sumisión, es la entrega, pero, al mismo tiempo la entereza, el refugio, la confianza, la esperanza del ser humano para que rompa su silencio. El poema termina con los versos estremecedores, pero salvíficos y llenos sosiego:

Danos la paz, Cordero de Dios, que es el olvido,  
la paz que es el silencio, el sueño, el alimento  
de nuestra muerte. Réquiem. El corazón, ya piedra,  
aguarda de tu dedo el epitafio justo.

Es el final, la entrega, he hecho lo que debía, ven justa fatalidad, por tanto no debo temer, sino una correspondencia digna a su comportamiento. El llanto no cabe. Es la víspera del amor desnudo, verdadero.

“Viernes Santo” es el poema en el que parecen fusionarse lo religioso y la culpa. La pasión de Cristo (“el mazo martillea los clavos de la fragua”) con su pasión amorosa (“y no apagues la luz quiero verte los ojos”). Se entrelazan. Son el vivo reflejo de un poeta que siente el amor con dolor y alegría, donde se conjugan la pasión de Cristo y la pasión carnal.

Por el rayo fulmíneo que derriba  
y no apagues la luz quiero verte los ojos,  
averigua quién te dio el golpe,  
el mazo martillea los clavos en la fragua,  
tafetanes ungiendo sacerdotal desdén,  
y tú me quieres, vino nuevo embriagando mis venas,  
arterias al ocaso como dalias,  
no apartes este cáliz, esta hiel, está el campo  
del alfarero ya comprado con las treinta monedas.

Al final del poema, la verdad, la honestidad, la sinceridad corona su creación, y sumiso exige (“no caiga sobre mí la sangre de este justo, / pues sólo quise amarte”).

El libro termina con versos hechos a la medida del poeta, de su devenir, de su sentir, de su todo: “Dispón el libro, la transitoria sombra, / ordena aquel verano, / rellena el cuestionario, letra clara, mayúsculas, / antes que el tiempo acabe”.

En *Fuentes guirnaldas fugitivas* (1990), García Baena reverdece su poesía anterior. En concreto, sobre lo que estamos tratando, el poeta se adentra en “Los Apócrifos” para traer a colación el cariz cristiano. Así en el primer poema “El tapiz de los Reyes de Oriente” describe el viaje y la llegada de los tres Reyes Magos con siete estrofas:

Así la cabalgata llegó con el invierno  
hasta un tendal ruinosos en el helado páramo,  
yacija de cansancio para el torpor de bestias.  
Alta, la luz del astro quedó inmóvil y fría.

¿Quién traería el incienso, la mirra consagrante?

No podía faltar la siempre intercesora entre los hombres y Dios. García Baena siempre la tiene presente en su poesía. Así en el poema “Quinta Angustia” hace referencia a la Virgen con su hijo en brazos una vez bajado de la Cruz. Es la muerte salvífica, es la muerte que es vida:

Glorían a tu sierva que te acuna en la muerte,

más que el batir de alas y azucenas del ángel,

Estas llagas que asperjan con tu sangre la sábana.

Ahora ya sí soy reina y bendita entre todas.

Ahora lloro el magnificar de la tribulación.

Muy reciente, el 1 de julio de 2006, en unas declaraciones al diario *El País* manifiesta que “al contrario que la cara, que se va llenando de arrugas, la poesía, con el tiempo, se va depurando, se va haciendo más joven”, e insiste en el carácter cristiano y pagano de su obra:

Es una línea que está viva en mí. No la puedo abandonar. Un libro como *Junio* de 1957 es el paganismo y el triunfo de la carne. El siguiente, *Óleo*, es la cuaresma, el arrepentimiento. Todo esto los andaluces –yo creo que todos los mediterráneos- lo llevamos muy bien. Sabemos perfectamente que todos los sentidos cooperan en la liturgia del catolicismo. Por eso, como decía, nos sentimos tan bien en Roma. Además, Córdoba es más romana que árabe, por más que digan<sup>12</sup>.

Lo que venimos sosteniendo se observa más, si cabe, en su última obra *Los campos elíseos* (2006); no todo el libro está dedicado, evidentemente, al hecho espiritual que el poeta siente y vive con su poesía, pero, sí, una vez más, aflora la religión como vector que mueve su poesía. Luis Antonio de Villena parece como si no diera importancia a este hecho. En la reseña de este libro para *Babelia* del diario *El País*, aún admitiendo el hecho religioso, escribe:

Quizá la religión aparezca más que otras veces en la obra de Pablo (catolicismo de imágenes paganizantes y caridad universal) pero es una vivencia humanística, siempre tocada de dolor y hermosura como en ‘Arca de lágrimas’, el poema que cierra el libro, donde una Virgen de ‘camarín de buganvillas y luces’ recorre consoladora el desastre humano<sup>13</sup>.

Como ejemplos, el poema “Aula Regia” en el que revolotea ese aire impregnado de religión:

Junto al roble selvático de los campos satures

ancla Santa María el solio de las preces.

O en el poema “Virgen con cesto de frutas”, que viene introducido con el rótulo de Carlos Edmundo de Ory: “Baja la Virgen por el dulce aprisco. / Tiene una cesta llena de bellotas”. García Baena

basándose en esta cita construye su poema dedicado a la Virgen:

Con las primera lluvias de septiembre

Santa María baja

desde las lejanas provincias que dibujan las nubes,

<sup>12</sup> En *Babelia*, op. cit., pág. 3

<sup>13</sup> Villena, Luis Antonio de, “Elegía y belleza”. Reseña de *Los campos Elíseos*, en *Babelia*, suplemento literario y cultural de *El País*. Madrid, 1 de julio de 2006, pág. 3

desde los amplios horizontes que constelan los astros,

llega a la tarea suya de la misericordia.

El poema que cierra el libro, dedicado a la Virgen –“¿Quién sois Señora, que dejáis vuestra casa sobre la cuesta, / vuestro camarín de buganvillas y luces”-, titulado “Arca de lágrimas” marca con nitidez uno de los aspectos fundamentales del poeta, e insisto en esta idea:

Señora que camináis al atardecer,

tras el cadáver rígido sobre el frío de la losa,

sobre la terca ceguera de los hombres

marcados como el rebaño con la señal del matadero,

Señora que volvéis los ojos

en la fatiga de la compasión

-velan aún, confusos, los tambores-,

ayúdanos, Altísima.

Lo humano se apodera del poeta; esta vivencia la encuentra en el cristianismo. Creo que García Baena no lo entiende de otra forma. Y así lo expresa, a pesar de los avatares con que se muestran algunos hechos, hoy, y lo difícil que es decirlo y mantenerlo. Parece como si fuera sonrojante o negativo; desgraciadamente algunos lo entienden como reflejo de algunos comportamientos de los dirigentes religiosos; es la pobreza cultural o el miedo al qué dirán. El poeta García Baena va por otro camino, aquel que impregna riqueza, sabiduría, solidaridad, amor, entrega, vivencia espiritual, humanidad, lloro. Sentir con el que siente. Ser humano le conduce a esa meditación enriquecedora como es la espiritualidad, a que los versos sean vivientes para dar alas a los corazones, motor esencial de la realidad. La palabra bien hecha, como ocurre en la poesía de García Baena nos hace ser más libres, esencial en las personas.